

Paul McCartney y la política

JONATHAN POWER

Periodista británico.

Fui a la escuela con Paul McCartney en Liverpool hace cerca de 50 años y desde entonces hemos seguido siendo amigos, aunque distantes. Entré a la escuela pocos meses después que la mayoría de los niños de mi clase. Alan Durband, nuestro profesor del curso, le pidió a Paul que me hiciera sentir como en casa. Y eso fue lo que hizo. Fue un acto de amabilidad que recordé hasta mucho tiempo después; yo sabía cómo podían ser los niños.

Ahora, luego de haber sido periodista político durante casi toda mi vida, quería hablar con Paul de los grandes acontecimientos políticos de nuestras vidas, entre otras cosas. Quería que fuera una conversación casual, como la de dos viejos que se sientan en una banca y evocan sus días en la escuela y algunas de las cosas que han sucedido desde entonces.

P. Cuando nos conocimos en la escuela, recuerdo que di un discurso apasionado en el grupo de debates; alguien se levantó después de mí y dijo: “acabo de ver a mi primer joven airado”.¹ ¿Cuáles eran tus recuerdos de la política de aquella época?

R. Mis recuerdos serían más musicales; tienen más que ver con el hecho de comunicarse a través de la música. Recuerdo el fin de cursos; traer mi guitarra el único día que te lo permitían, pararme en el escritorio de Cliff Edge –el maestro de historia, un maestro particularmente agradable– y cantar “Long Tall Sally”. Recuerdo que George (Harrison) trajo su guitarra también. Supongo que la reacción de todos los muchachos –“¡Yeah!, ¡guau!, ¡esto es fantástico!”– me impresionó y me hizo pensar: sí, debería hacer más de esto.

P. ¡Me acuerdo de ese día! Pero también estábamos en una escuela muy académica y en el programa intensivo para el bachillerato; cuatro años después, no cinco, como todos los demás, ya nos

estaban presionando para que pensáramos en la universidad. ¿Cuándo decidiste romper con eso?

R. Es divertido; una de las cosas que amo de la vida es que muchas veces es ella sola la que se encarga. Puedes hacer grandes planes, pero el destino interviene. En mi caso, me gusta la manera en que los errores resultan ser a veces lo opuesto. Así que recuerdo una vez en que andaba en el salón de clase a la hora del almuerzo y al ver a todos los chavos en mi clase de sexto año trabajando en algo les dije: “¿qué están haciendo?”, y contestaron: “escribiendo a universidades”, y yo no tenía la menor idea de que tenías que hacer eso. Nadie me había dicho. Mamá y papá no sabían; papá había sido vendedor de tela de algodón.

P. En la película de 2007 *Across the Universe* la directora teje una historia de amor alrededor de la música de Los Beatles y, al igual que mucha gente, parece estar diciendo que de alguna manera tú encapsulaste este estado de ánimo de los sesenta –después de todo te formaste en 1960– y lo transmitiste como nadie más lo había podido transmitir. ¿Crees que sea verdad?

R. Tal vez. Pero lo padre de esto es que no lo hicimos conscientemente. De alguna manera nos tropezamos con las cosas. Por ejemplo, Vietnam. Justo cuando estábamos empezando a ser muy conocidos, alguien me dijo: “Bertrand Russell está viviendo no lejos de aquí, en Chelsea, ¿por qué no vas y lo ves?” Así que tomé un taxi y toqué a su puerta. Había un tipo norteamericano que lo ayudaba y vino a la puerta y le dije: “me gustaría conocer al señor Russell, si es posible”. Esperé un poco y entonces conocí al gran hombre y era fabuloso. Me habló de la guerra de Vietnam –la mayoría de nosotros no sabíamos de ella, todavía no estaba en los periódicos– y también me dijo que era una guerra muy



mala. Recuerdo que regresé al estudio ese día o al día siguiente y les conté a los muchachos, particularmente a John (Lennon), lo malo de esa guerra. Empezamos a investigar y los compañeros estadounidenses que estaban de visita en Londres contaban que estaban siendo reclutados. Entonces fuimos a Estados Unidos y recuerdo a nuestro agente de prensa –un tipo gordo que masticaba un puro– diciendo: “cualquier cosa que hagan, no hablen de Vietnam”. Claro que era un error; no les dices a jóvenes rebeldes que no digan algo. Así que por supuesto que hablamos de eso todo el tiempo y dijimos que era una guerra muy mala. Obviamente, apoyamos el movimiento pacifista.

P. Fueron un altavoz para una generación.

R. La gente me pregunta a menudo, “¿Crees que la música puede cambiar al mundo?”, y sí lo creo, en muchos niveles, y uno de esos niveles es justo el hecho de que se escuche a los músicos famosos.

P. ¿Así que detrás de la imagen de jóvenes salvajes y rebeldes existía un creciente sentido de responsabilidad?

R. Exacto. Nos considerábamos sólo gente joven y sensible. No pensamos que éramos especialmente salvajes. Había millones de personas, éramos parte de un movimiento. No éramos los peores ni mucho menos. Éramos más bien inocentes. Tal vez en términos de responsabilidad sembramos algunas semillas para la gente que llegó después. Gente como (Bob) Geldof, Bono, gente que ahora tiene el altavoz.

P. ¿Contribuyeron al progreso social?

R. De una manera inocente, casi sin querer, creo que hicimos una contribución. Creo que hay una cierta libertad inherente a toda la cosa de Los Beatles. Ahora me llega gente en cualquier parte del mundo que esté, particularmente en Estados Unidos, diciendo: “tú cambiaste mi vida”, y creo que sé lo que quieren decir. Cuando fuimos por primera vez, Estados Unidos significaba jugadores de fútbol americano y cortes de pelo al cepillo y creo que hay menos de eso ahora.

P. Regresando a los sesenta, deberíamos recordar lo sofocante que era la atmósfera, culturalmente hablando. Acabo de leer un libro sobre Rudolf Nureyev y cómo estaba bailando con Margot Fonteyn en Covent Garden; en el intermedio salió corriendo al baño público de hombres, encontró a al-

guien ahí, se echó un rapidito, e iba corriendo de regreso cuando la policía lo arrestó.

R. Brian Epstein, nuestro manager, era gay –o *queer*, como lo hubieras llamado entonces, sin ser peyorativo. Estábamos conscientes, porque habíamos hablado de eso con él –era buen cuate nuestro– de que si lo llegaban a descubrir, eso quería decir cárcel. De nuevo, eso nos hizo pensar “¿por qué?” Incluso en privado, si quieres hacerlo, ¿qué tiene que ver con nadie más?

P. Si la memoria no me falla, nunca defendieron la homosexualidad en esa época.

R. Nunca surgió. Nadie dijo nunca “¿qué piensan de los derechos de los gays?” Creo que si lo hubieran preguntado, habríamos respondido que es buena idea.

P. ¿Nuestra generación dejará el mundo mejor que como lo encontró?

R. Lo ignoro, pero sé es que nuestros hábitos y costumbres necesitan restricciones muy severas para salvar el medio ambiente. La industrialización de China y la India va a crear muchos problemas –una vez conocí al ministro de Medio Ambiente de la India y dijo: “Estamos a punto de entrar al hoyo del que ustedes acaban de salir”. Pero pienso que espiritualmente estamos moviéndonos hacia algún sitio. A través de la comunicación masiva, a través de internet, etc., creo que la idea de que la gente es la misma en todas partes está empezando a permear nuestra conciencia y eso me vuelve optimista. Pero eso no garantiza un futuro favorable. Supongo que tenemos, o bien el futuro de *Blade Runner* donde todo ha ido espantosamente mal, o un futuro ilustrado en el que la ONU se vuelve más importante y la gente y las naciones se dan cuenta de que la mayoría de los humanos son animales muy similares y que podemos resolver las cosas.

¿Sabías que acabo de estar en Israel dando un concierto? Me advirtieron que no fuera, y después, que no fuera a los territorios palestinos. Pero me conecté con una organización llamada One Voice que es medio palestina, medio israelí; están trabajando por la paz, esperando todavía que exista la solución de crear dos Estados. Su sensación es que ésta no se encuentra lejos, sólo es difícil para los políticos aprobarla. Me encontré con algunos de ellos en Tel Aviv. No me había dado cuenta de lo



entrometido que es el Estado de Israel –si quieres hacer algo como importar un auto a los territorios palestinos, tienes que conseguir un permiso de Israel. Y un hombre que viene a trabajar a Israel tiene que empezar a hacer cola a las 3 am para llegar a trabajar a las 8 am, ¿No es tiempo de que terminemos con todo eso como hemos logrado hacer, aparentemente, en Irlanda?

P. ¿Lo ves venir en los próximos años?

R. Ciertamente me sentí muy inspirado por esta gente de One Voice. Fui a visitar una escuela de música en Belén. Si pensaba tocar en Israel con la conciencia limpia, necesitaba entrar a Palestina. Todos en la banda llevaban insignias de One Voice. Creo que los jóvenes de los dos lados lo lograrán.

P. ¿Y qué hay de esta enorme crisis financiera? ¿Estados Unidos ha quedado atrapado en su propia codicia?

R. Creo que hay algo de verdad en eso. Es por lo que muchos de nosotros esperamos un cambio en las políticas de Estados Unidos con la elección de Obama. Es el hombre adecuado para esta tarea. Me impresionó mucho su decisión de trabajar en el South Side de Chicago luego de graduarse, en lugar de conseguir un trabajo lucrativo en Wall Street. Estoy muy contento de que ganara. Creo que será un gran presidente.

P. Es muy posible que en 500 años tu material será todavía cantado y tocado. ¿Eso te provoca una especie de sentimiento de asombro?

R. Sí. Me provoca mucho ese sentimiento. Incluso cuando sucede ahora. Si estoy en Nueva York y, como me pasó hace poco, un camionero negro se asoma de su camión y me dice: “¡Oye, Paul, *let it be!*”, eso me emociona. Cuando éramos niños, ¿quién se hubiera imaginado, en nuestro polvoriento salón de Alan Durband, que estaríamos ahí? Que yo estaría sentado en mi propia oficina en Londres...

P. ¿Cómo ibas a imaginar que tendríamos una vida tan rica y que yo estaría sentado aquí con la estrella pop más grande del mundo, el tipo con el que jugaba criquet en el patio de la escuela?

R. Los americanos dirían *awesome*. Déjame contarle una pequeña historia para acabar. Recientemente estaba de vacaciones en Long Island donde tengo un pequeño velero y una amable mujer me deja guardarlo en su playa. Navego solo y muy tranquilo en mi bote –yo, el viento y el velero; es un gran

equilibrio para mi vida tan expuesta al público. Cuando estaba preparando el velero había un grupo de cuates en la playa y los escuché cantar. Era una playa tranquila; no había nadie excepto yo y ellos. Yo estaba ahí, quedándome con mi novia. Escuché y sonaba tan melodiosa que me acerqué, y mientras más cerca estaba me di cuenta de que era mi canción “Eleanor Rigby” la que estaban cantando. Me quedé ahí parado hasta que acabaron y era genial, un arreglo muy bello –ellos resultaron ser el Princeton Glee Club. Y cuando acabaron, les aplaudí y les dije, “¿Se pueden imaginar cuando era niño en Liverpool, que alguien me dijera que habría un grupo de jóvenes cantando *a capella* mis canciones en una playa de Long Island en Estados Unidos? Es misterioso.”

P. Te recuerdo diciéndome una vez que “Eleanor Rigby” fue influida por Alan Durband.

R. Sí, de manera indirecta. A través de la pasión que nos contagió por las cosas más inusitadas, como Chaucer. Para un niño de Liverpool de 16, 17 años, no es fácil romper esa barrera e interesarse en Chaucer. Y la pasión que nos inculcó llegó definitivamente hasta mis canciones. Creo que algo como “Eleanor Rigby” está en deuda con Durband porque yo había visto la estructura, había visto las palabras colocadas en un orden armonioso. Él fue alumno de F. R. Leavis, en Cambridge. Yo nunca había oído hablar de Leavis, pero recuerdo que había un poema de Housman que nos gustaba bastante, y que Durband insistía en que era “vieja basura sentimental” y dijo que eso venía de la influencia de Leavis. Así que ahí estoy, recibiendo este linaje Leavis-Durband.

P. ¿Le dijiste la historia del pedigrí de “Eleanor Rigby”?

R. No, pero no estoy seguro de haberlo sabido entonces. Es la clase de cosas de las que sólo te das cuenta cuando miras hacia atrás.

¹ Los “jóvenes airados” o *angry young men* fueron un grupo de escritores británicos de mediados del siglo XX, decepcionados frente a la sociedad de la posguerra. Entre ellos se encontraban John Osborne, Kingsley Amis y Harold Pinter (N. del T.).

Traducción: Ana García Bergua.

© Prospect, enero de 2009.